

# MARTIN FIERRO

1834 • En el centenario

de José Hernández • 1934

## LA ADVERSIDAD NO LE IMPIDIO AL GAUCHO SER UN SUBLIME POETA



### RELATO ANGELICO

El lenguaje del gaucho fué siempre parco en la expresión, pero pleno de sugerencias hondas. De su estructura vital hecha al antojo de aquella tierra monótona, sin variedad arbórea y sin mecanismos complejos, trascendía un perfume en cuya rusticidad silvestre residía la belleza.

El campo no dió nunca grandes motivos de conversación. Por eso el vocabulario era pobre cuantitativamente. Cuando el gaucho necesitaba manifestarse de una u otra manera, asociaba al pensamiento algún recuerdo objetivo, con cuya característica peculiar pudiese aprehender la emoción o la idea en su oscuridad más recóndita. Pero la metáfora no era arquitectura sin medula. Su continente elaborado por una cuidadosa observación de la vida atesoraba ideas originales y sentimientos superiores, cuando la "civilización de la máquina", como diría Salaverría, no había envenenado aún la calidad de su pureza.

Siempre que hablaba lo hacía con aquel acento gráfico que tienen todos los hombres cuya mentalidad no ha pasado aún por la etapa de la abstracción consciente. Pero el equilibrio de su tierra se refleja en su idioma. Y esta solidez y exactitud superaron la alambicada elaboración de otros espíritus más pulimentados.

No necesitaba mucho para decirlo todo. Y esa es una característica de superioridad. Si quieres conmover, decía Shauthey, sé breve, porque las palabras son como los rayos solares: cuanto más concentrados, más queman.

"Martín Fierro" sintetizó la modalidad de aquella raza en sus matices más notables. Por algo es basamento en la cultura argentina. Una prueba evidente de aquella solidez hasta en el dramatismo, nos la da la estrofa 14ª del canto 6º:

Había un gringuito cautivo  
que siempre hablaba del barco,  
y lo augaron en un charco  
por causante de la peste.  
Tenía los ojos celestes  
como potrillito zarco.

He aquí la narración, breve y angélica de un crimen.

## FLORES DE CACTUS

El fortín tuvo para el gaucho asperezas cruentas de esclavitud. Su potencialidad vital, desarrollada longitudinalmente en el equilibrio de aquella llanura sin alambres, no pudo ser comprimida por una determinación arbitraria que restringía su libertad y mutilaba su sentido.

Cansado de soportar el vejamen del caudillo ramplón y del juez de paz reñido siempre con su judicatura, terminó por convertirse en matrero, que era la forma más viril de defender su predominio conculcado.

La reciedumbre de esta lucha épica contra los que arremetían, no alcanzó sin embargo a emponzoñarle el alma. Solamente el gaucho tenía calidad espiritual para ver la belleza del cielo y comprenderla en su ternura cósmica. Ni la injusticia brutal pudo descomponer sus valores. Por eso, en esas noches estivales en que el cielo parece acercarse a los hombres como una canasta de jazmines, el gaucho aprovechaba la oportunidad para hacerlo confidente de su amargura solitaria:

Así me hallaba una noche  
Contemplando las estrellas  
Que le parecen más bellas  
Cuanto uno es más desgraciao,  
Y que Dios las haiga criao  
Para consolarse en ellas.

Es raro que nadie hasta ahora haya hecho hincapié en estos versos de una fineza emotiva que enternece. Diamantes de esta calidad abundan en el poema. Son como flores de cactus. Porque el Martín Fierro es el cactus de la literatura argentina. No hay ningún símil que pueda ajustarse más a sus características esenciales. Y ahora que esta planta está en el orden del día, es indispensable que comiencen a leerlo y a valorar sus bellezas los que hasta hoy le ignoran por negligencia o por incomprensión.

Más de lo que podía esperarse de un medio indiferente cuando no hostil, menos de lo que nuestra ilusión se había forjado son va estos ocho números de MARTIN FIERRO. Aun tenemos dinero para algunos más: pero necesitamos más aportes, pues el material para la publicación no nos falta y nuestras ganas de trabajar son muchas. El presente número lo costea el doctor Ricardo LEVENE, Presidente de la Universidad de La Plata, aparece con

clisés donados por "CRITICA" y por el doctor Bartolomé J. RONCO y ha sido impreso por ZANETTA HERMANOS, calle 8 número 820, La Plata, Buenos Aires. En el próximo número empezaremos a publicar la "Vida del Chacho" por José Hernández, obra que no se reedita desde hace más de medio siglo y que, sin embargo, contribuye eficazmente a definir la personalidad del gran poeta gauchesco.

## Cánticos y aullidos

**N**O es mera literatura ni gana de insistir en una afirmación verbal esa estrofa 6ª del canto Iº en que Fierro asevera:

*Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
y cantando he de llegar  
al pie del Eterno Padre:  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.*

Hay muchas coplas españolas que afirman cosa parecida. Que lo afirman o no las coplas, todo hombre humilde y no atrapado aún por el urbanismo es cantor. Cantan el sirviente y la lavandera, el operario y el vagabundo. Cantar es uno de los más puros dones de la naturaleza que la civilización y aun la cultura extirpan en el hombre, como lo extirparon en el gaucho, uno de los hombres más naturales de la Tierra. La Argentina dejó de cantar a medida que se civilizaba. Aulló, como los lobos.

## Estrofa perfecta

**E**L hombre de ciudad experimenta terror ante una cucaracha: se ha distanciado de la naturaleza y le asusta el recuerdo de su origen. Para el gaucho la tierra era chica, y aunque fuera mayor de lo que es la llevaría igualmente en un puño. En ella no lo picaba la víbora. Tampoco el sol le abrasaba la frente:

Soy gaucho, y entiendanlo  
como mi lengua lo explica:  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor.  
Ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el sol.

Había aprendido a andar en cabeza bajo el rigor solar. Es quizá una de las propiedades más notables del gaucho. Todo campesino resguarda del sol su cabeza, aun en regiones frías; el gaucho, como su antepasado árabe, hasta se la envolvía en un trapo; luego, ya absolutamente argentino (recuperación de una modalidad indígena) se despojó del pañuelo, se alzó en la frente el ala del chambergo, o se quedó en cabeza, no más, y el sol no le molestaba. Véase porqué usaba melena, que le raparon en el contingente para encajarle el absurdo kepti.

## La guitarra, otro Yo

**E**L canto es la música más pura y más bella; pero es muy subjetiva: Oye más el mundo el hombre acompañándose con un instrumento de roce o de percusión: es como si entonces sintonizaran su alma y el universo. Por eso desde las edades más remotas aparece el hombre con instrumentos musicales. La guitarra es de los más aptos, casi otra persona que canta y canta a nuestro oído y según nuestra voluntad. "Con la guitarra en la mano", ni las moscas se le arriman a Fierro.

*Naidas me pone el pie encima,  
y cuando el pecho se entona,  
hago gemir a la prima  
y llorar a la bordona.*

Se siente realizado, y tan totalmente, que hasta comete la crueldad de torturar a su otro yo. También se tortura de gozo, desde luego. La expresión del máximo dolor y del placer máximo son iguales: llantos y gemidos.

# La primera edición extranjera completa

COLECCION UNIVERSAL / Nos. 878 a 880 / JOSE HERNANDEZ / MARTIN FIERRO / POEMA ARGENTINO / CALPE / PRECIO: 1.50 PESETAS / MADRID, 1924

Es esta, la segunda edición española; la primera completa publicada en el extranjero.

Consta de doscientas noventa y cuatro páginas, en formato de ciento quince milímetros de ancho por ciento cincuenta de altura. Preceden al texto, una breve noticia preliminar sobre el autor y el valor artístico y social del poema, y esta ADVERTENCIA, de José Gabriel:

No existiendo ninguna edición crítica de Martín Fierro, al reimprimirlo tienen por costumbre los editores tomar una de las versiones primitivas y reproducirla textualmente, con su ortografía singular. La presente edición no es crítica, ni podía serlo, o se saldría del carácter esencialmente popular de esta colección; pero tampoco reproduce al pie de la letra las ediciones corrientes. Aparece, en efecto, con ortografía distinta de todas las otras, y para que el lector no se llame a engaño vamos a exponer en qué consiste la modificación y por qué se ha hecho.

A poca atención que se ponga en la lectura de Martín Fierro con el texto habitual, pronto se echa de ver que su ortografía no responde a un criterio fijo y coherente. Las mismas palabras se hallan escritas de diferente modo, y la acentuación y la puntuación son por extremo caprichosas, sin guardar regla ostensible. Varias causas concurren a esta anomalía. En primer lugar, por la época en que se publicó Martín Fierro la Argentina no se había emancipado aún totalmente de la anarquía ortográfica de nuestra lengua; en segundo lugar, difundida por todo Hispano-América la ortografía simplificada de Cuervo, en la Argentina se empleaban con vacilación algunos signos de la escritura, principalmente la j y la g y la b y la v; en tercer lugar,

teniendo el lenguaje hablado en la Argentina ciertos sonidos diversos del español contemporáneo, los escritores no siempre estaban seguros de los signos que habían de usar, y escribían a veces empujados y resagados, por la razón de que la c ante la e, i y la x en cualquier caso, los argentinos las pronuncian como la s, que se ha perdido en nuestro idioma; en cuarto lugar, el autor de este poema no era evidentemente un hombre muy versado en ortografía; en quinto lugar, en fin, la imprenta argentina trabajaba hace cincuenta años con notoria incorrección. Todo esto ha originado esa ortografía bárbara con que desde su aparición viene leyéndose el poema de Hernández, y como se trata de un error evidente, ha parecido oportuno corregirlo.

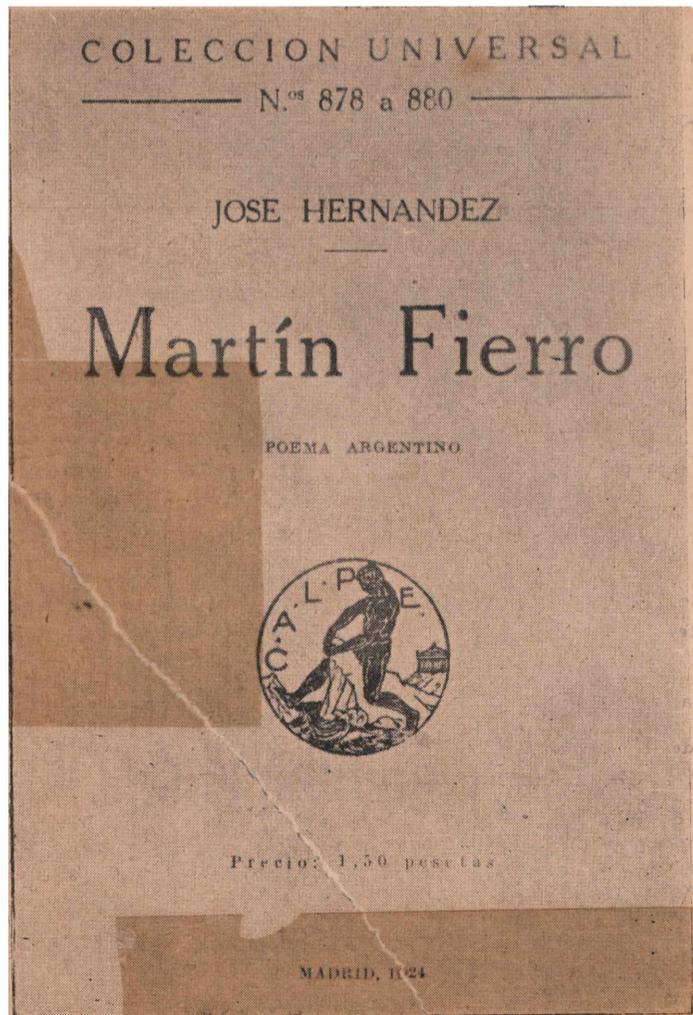
Ostenta, en cambio, Martín Fierro peculiaridades de pronunciación. Son personajes gauchos los que en el poema hablan, y como el gaucho dice naidas, tutubiar, truje, alversidá, coloriar, ay (por ahí), fi o jui (por fui), dijunto, apuraa, etc., así lo ha escrito el autor. En este caso claro está que no se ha introducido modificación en el texto. Al contrario, no pocas palabras típicas por el estilo de las que acabamos de transcribir aparecen unas veces con la forma correspondiente a su prosodia y otras con forma correcta: por ejemplo, alguna vez se lee ahí en lugar de ay, o entiendanlo en lugar de entiendanlo, que es como lo dice el gaucho. En tal circunstancia se ha hecho corrección, pero ha sido para restituir al vocablo la ortografía que indudablemente le dió el autor y no respetó la imprenta.

Siguiendo este criterio, quizá diga alguien que debía haberse mantenido la s en el puesto de la c ante e o i y de la x; pero ya hemos dicho que el sonido de ce, ci y de x no es en la Argentina el de la s, sino el de la c, y la prueba está en que hoy sólo por ignorancia puede un argentino escribir sinco o sielo o mudansa, como por el mismo motivo puede escribirlo un andaluz. A los españoles que en la Argentina adoptan para su habla la fonética nacional se los distingue en seguida precisamente por la fuerza con que silban la c y la x. es decir, porque pronuncian s y no c.

Esto y suprimir, por absolutamente innecesarios, unos cuantos renglones de puntos que mediaban de estrofa a estrofa en algunos pasajes es todo lo que se ha modificado del texto para la presente edición.

Por último, y a fin de que la lectura de los versos se haga en la medida exacta y en buen ritmo, debe tenerse presente: que el gaucho hace sinéresis en cuanta ocasión se ofrece, diciendo veás, traía, poeta (en diptongo), veás (ídem), etc., y que el gaucho, como el argentino en general, y sobre todo de las clases popular y media, hace agudas las formas verbales de tiempo presente y número singular, diciendo traés, llevá, andá, vení, etc., que convierte en regulares con la adición de un pronombre: traelo, llevalo, andate, venite, etc.

JOSE GABRIEL







cuando hablaba de una carrera, como lo es individualizar el color del pelo cuando se refiere a un caballo. Por eso nos dice:

Yo llevé un moro de número,  
sobresaliente matucho!  
Con él gané en Ayacucho  
más plata que agua bendita;  
siempre el gaucho necesita  
un pingo pa fiarle un pucho.

La palabra Ayacucho de esta estrofa es, según he dicho, la única designación de lugar que existe en todo el poema. Sin embargo, ello no impide que pueda determinarse, con elementos tomados del mismo poema, la zona exacta en que se movió el personaje.

Comencemos por considerar la base cierta de que la primera parte, "El gaucho Martín Fierro", apareció en el año 1872 y de que las andanzas de su protagonista en la frontera tuvieron que ocurrir en la línea de dicha frontera existente en la época de la aparición del libro o con poca remota anterioridad a la misma.

Tomando en cuenta aquel año, es indudable que Hernández tuvo en vista la línea de frontera anterior a la batalla de San Carlos, ocurrida también el año 1872 y en la que el general Rivas despedazó por completo el formidable poderío de Calfucurá e hizo posible, poco tiempo después, una penetración más avanzada de las poblaciones cristianas en el desierto.

Y bien; en la época inmediatamente anterior a la aparición del poema, es decir, desde el año 1865 hasta la batalla mencionada, la línea de fronteras interiores, tomada desde la provincia de San Luis únicamente y arrancando de Villa Mercedes en dicha provincia, corría en dirección hacia el Sudeste y estaba formada por una sucesión de fuertes y fortines, a corta distancia uno de otro, que llevaban los nombres de Pozo del Avestrú, Roseti, Pringles, Tres de Febrero, Lechuzo, Número Doce, Sarmiento, Número Siete, Necocha, Achirero, Arbol, Ramada, Dos de Línea, Tres de Línea, Gainza, Pasanelo, Díaz, La Estrella, Las Heras, Media Luna, Paz, Tres de Febrero, Lavallo, Central, Rivadavia, Belgrano, Vigilancia, Comisario, Conessa, Guerreros, Siete de Línea, Mayo, Luque, Rifles, Dos de Caballería, Victoria, Alerta, Cinco de Línea, San Martín, Rodríguez, Avellaneda, Blanca, Gómez, Alsina, Brandzen, Santa Rosa, Frías, San Martín, Sombrero, Aldecoa, Defensa, Paunero, Maipú, San Martín, Diciembre, Chato, Paunero, Colorado y Carmen. El punto terminal de esta línea en la izquierda del Río

la línea in-  
te Buenos  
te de la  
extremo  
a pro-

El fuerte de San Carlos se encontraba ubicado en un lugar que actualmente corresponde a la jurisdicción del partido de Bolívar, y el de Blanca Grande y los fortines Brandzen, Zelaya, Frías, Sanquicó, Lavalle, Aldecoa, Defensa y Necochea en la jurisdicción que hoy corresponde al partido de Olavarría.

Considerando, ahora, la topografía de la zona inmediata a toda la línea de frontera mencionada, se advierte que ella se inicia, por el Norte, en terrenos absolutamente llanos, y recién, al llegar al centro Sudoeste de la provincia de Buenos Aires, en el sitio que ocupó el fuerte Blanca Grande, la línea se aproxima a una zona de serranía. A cinco leguas de distancia de Blanca Grande se encuentran, en efecto, las últimas estribaciones de las sierras de Quilla-Lauquén, sierras que están formadas por los grupos que se conocen con los nombres de las Dos Hermanas, Blanca Chica, Santa Dominga y Cerrillos, las más avanzadas prolongaciones de las sierras de Olavarría y de la Cordillera de Cabo Corrientes en su penetración hacia el centro Sudoeste de nuestra provincia.

Después de esas elevaciones serranas, insignificantes jibas en la inmensidad de la pampa, la zona de la línea de frontera vuelve a ser de campos llanos, hasta encontrarse con las sierras de Cura-Malal y la de la Ventana, por entre las cuales corría y atravesaba la indicada línea, dejando a Bahía Blanca a su izquierda, para volver a las llanuras de los actuales partidos de Villarinos y Carmen de Patagones.

Ahora bien; hay una estrofa, en el décimo canto de la segunda parte, en la que el protagonista nos habla de una sierra. Martín Fierro ha huído de las tolдерías adonde fuera con su amigo Cruz y donde éste muriera. Lo acompaña en su fuga la infeliz cautiva que ha rescatado, arrebatándola al furor de un salvaje. Ambos recorren larga travesía por el desierto, ocultándose durante el día en aquellos parajes "en que algún abrigo hubiera, a esperar que anocheciera", para poder seguir la marcha sin ser descubierto, y, en seguida de darnos la impresión de un trayecto muy largo y de varios días, Martín Fierro nos dice que

Después de mucho sufrir  
tan peligrosa inquietud  
alcanzamos con salud  
a divisar una sierra,  
y al fin pisamos la tierra  
en donde crece el ombú.

¿Cuál fué esa sierra que divisaron Martín Fierro y su compañera de fuga?

Ellos venían del desierto, de lo que entonces era el desierto, es decir, de Oeste hacia el Este, hacia la línea de frontera, buscando el amparo de las poblaciones civilizadas de la época. Siguiendo tal rumbo, las únicas sierras que pueden divisarse y que indiquen, al mismo tiempo, el final de una larga travesía emprendida desde lo que entonces era el desierto, son las aludidas de Quilla-Lauquén, en jurisdicción del actual partido de Olavarría.

No pueden ser las de Cura-Malal o la Ventana, porque éstas, muy altas y muy extensas, se divisan desde muy lejos viniendo de lo que en aquella época se llamaba el desierto, y, por lo tanto, su simple visión no podía significar, como lo significa la estrofa mencionada, el final de la travesía.

Además, en seguida de divisar la sierra a que se refieren, los fugitivos llegaron a "la tierra donde crece el ombú", y esta circunstancia, con la que Hernández quiso en realidad referirse a parajes de poblaciones cristianas, debemos necesariamente ubicarla en lugar cercano al Salado y no en la zona extrema de las sierras inmediatas a Bahía Blanca, porque más en ese lugar que en la última zona es posible concebir la existencia del ombú.

Por otra parte, lógico es pensar que la tolдерía donde Hernández sitúa a Martín Fierro fuera la de Salinas Grandes, residencia habitual de Calfucurá, porque era en dicha tolдерía en donde se refugiaban los desertores de la frontera Sud y a las que se llevaban los cautivos que en sus invasiones a la misma frontera tomaban los indios. Siendo así se afirma la hipótesis de que el rumbo de regreso de Martín Fierro fué hacia las sierras de Quilla-Lauquén, porque desde los aduares de Calfucurá hasta el Azul llegaba un camino, que nace en Chile, que todavía existe parcialmente y se practica, llamado "de los chilenos", cuyo camino, pasa por la parte Sud de las sierras mencionadas, dejando a la izquierda los actuales cañadones de Brandzen y la Pampa en la falda poniente de la sierra de Santa Dominga.

En la época en que Hernández concibió su poema no existía pueblo alguno entre Azul y Bahía Blanca. En consecuencia, debemos concluir que si Martín Fierro divisó una sierra y esa sierra era la de Quilla-Lauquén y, luego, pisó la tierra donde crece el ombú, la población a la cual llegó fué el pueblo del Azul, el de mayor atracción e importancia comercial y militar en los tiempos en que surcaban las aventuras del prototipo de nuestro gaucho inmortal.

Y al llegar a esta conclusión podría formularse una pregunta: ¿Fué Martín Fierro una simple creación imaginativa, no fué, en realidad, un tipo de carne y hueso? La auténtica verdad de su figura y de su alma, vista a través del poema, nos hacen pensar en un hombre tomado de la vida misma y del ambiente mismo de la campaña. También nos hace pensar en ello un viejo manuscrito de la comandancia militar de esta frontera, fechado el año 1866, en que se habla de un gaucho Martín Fierro que es destinado al servicio de las armas. Nada tendría de extraño que ese gaucho fuera el verdadero héroe de Hernández. Se reproduciría con ello, el caso de Santos Vega, "aquel de la larga fama", que, según una versión muy aceptable de nuestro viejo e inteligente periodista don Paulino Rodríguez Ocón, ha dejado de ser un mito de leyenda para convertirse en una figura real.

Bartolomé J. Ronco

(Del "Diario del Pueblo" del Azul, Buenos Aires, 8 de Setiembre de 1934.)